

EL EQUILIBRIO NATURAL

A mí me parece que lo que está pasando con algunas químicas modernas, motivo de estudio en tales instancias y de divulgación preocupada en los periódicos, tiene bastante que ver con filosofías que no son de este lugar, y aluden a que nada de lo creado se destruye. De manera que el diclorodifeniltricloroetano que les echamos a las moscas para que nos dejen en paz, es un diclorodifeniltricloroetano que con todas sus letras nos comeremos nosotros un día, no sabemos si en las hojas del repollo o si adobado con mayonesa en unos langostinos de Cambrils. Lo que no encuentro razonable es que ahora la gente se vuelva histérica con la peligrosidad del tal DDT y de mil productos más que han venido a mejorar nuestra vida. Porque eso había que imaginárselo, ¡o qué! Todo lo que llamamos progreso comporta un riesgo, tanto menor cuanto mayor sea la cultura del usuario, que supone prudencia en la utilización. Si usted mete los dedos en el enchufe de la luz, sentirá un calambre que en determinadas circunstancias puede llegar a mucho más. Pues no meta usted los dedos..., o vuelva a alumbrarse con un candil.

Queremos hacer una vida disparatada y luego dormir como topos gracias a una pastilla. No tenemos tiempo, naturalmente, para esa memez de un catarro, de manera que nosotros mismos nos recetamos los antibióticos. Y si una mosca viene a perturbarnos, una sola, la perseguimos con una bomba que hubiera servido contra un ejército de moscas. Queremos conseguirlo todo y de prisa, ¡más de prisa aún! Pero todo tiene un precio, que a veces es casi un regalo, a veces tremendamente oneroso.

Claro está que uno, rodeado de novedades apremiantes por todas partes, mal puede ponerse a investigar por sí mismo. Hay casos evidentes que ya son de cultura general, de sentido común. Pero luego quedan cientos y miles que nos permiten hablar, más que de un riesgo concreto, de una situación generalizada. Nos van cambiando -para mejorar, justo es decirlo- las formas de trabajar, de viajar, de vestir, de alimentarnos. Y así estamos a merced de quienes emplean la ciencia última en perfeccionar los tejidos, el jabón y los cosméticos, los insecticidas y los bolígrafos, las pastas para sopa y los refrescos, la óptica y la ortopedia, el papel higiénico y los envases de plástico... Cosas que pueden ser absolutamente inocuas, otras que pueden no serlo tanto. Entonces, pensamos, la obligación de quien sabe es aleccionar claramente, derechamente, sobre el precio que nos tocará pagar por cada una de las felicidades que constituyen el bienestar moderno. Al fin, después de tanta técnica rigurosa y fría, resulta que dependemos de un valor moral: la honradez de quienes fabrican las cosas.

Y sabiendo el precio, nosotros podremos elegir. Pero no del todo, no incondicionalmente. Porque aquí se presenta una dramática peculiaridad de nuestro tiempo: que vale de poco la prudencia individual, si el egoísmo sigue siendo colectivo. Que no basta el individuo, porque lo que se exige es, nada menos, el comportamiento de la especie. Si yo me curo un simple catarro con penicilina, lo que hago es rebajar para los demás ciudadanos el poder futuro de esa penicilina. Y si por un solo mosquito que se haya colado en mi habitación empuño la bomba insecticida, acaso esté realizando un delito contra la humanidad. Así como suena.

En realidad, algo así acontece con toda clase de bombas, que por menos de nada desgracian al mismo que las tira, y no digamos las atómicas y bacteriológicas, como bien temen ahora los supergrandes de Helsinki. La guerra menos insana, en definitiva, es aquella convencional que se hacía a espadas. Tenía el inconveniente de que uno se ponía perdido de sangre, pero así y todo...

Humor negro aparte, el hombre debe meditárselo mucho antes de modificar gravemente el equilibrio de la naturaleza (y cualquier equilibrio). Y si lo altera, correr a restablecerlo, antes de que ella misma lo haga sin miramientos. Ya se sabe que en Norteamérica tienen obsesión por la sanidad. Cuando en un territorio hubo que combatir unas fiebres palúdicas, los norteamericanos descargaron toneladas de insecticida y no quedó un mosquito de los culpables. Pero, de paso, se cargaron a las cucarachas. A las «cucas» envenenadas las comieron los gatos, con la irremediable indigestión felina que puede suponerse. Entonces salieron los ratones, que antes estaban «controlados» -así lo dice la información, qué bonito-, y trajeron amenazas más terribles que el paludismo. De modo que los norteamericanos llevaron gatos en paracaídas y el equilibrio se restableció, o sea, el «status », el «establishment».

-Parece una fábula de Esopo... en colaboración con Maquiavelo.

-Pues son ganas de ir tan lejos, amigo.

Antonio PEREIRA